

bre la calidad del trigo que estos habian traído, sobre supuestos robos de conductas en sus tránsitos á lo interior de las provincias, sobre llegada pronta de convoyes cuyos precios serian mas bajos y otras especies á este modo, tal en fin, por causa de estas intrigas y estas voces, la desidia y la flojedad de un gran número de ayuntamientos en hacer las provisiones de sus pueblos, que llegado el aprieto en muchas partes casi de faltar ya el surtido cotidiano para el panadeo, subió el trigo en varios puntos al asombroso precio de cuatrocientos reales la fanega. La afliccion fué general; pero los pueblos sabian bien que aquel gran mal no era la culpa del gobierno. Se quejaba tan solamente de la maldad de los logreros, ignorando del mismo modo que el gobierno, que un pensamiento oculto y manos escondidas favorecian la accion de los logreros, logreras ellas mismas.

En tan duras circunstancias el conde de Montarco, gobernador entonces del consejo, subió á informar al rey y á sus ministros de estas grandes maldades, atribuidas por entonces solamente á la avaricia. Pidió que se enviasen comisarios régios á todas las provincias, que reasumiesen estos las jurisdicciones de las localidades respectivas, visitasen los pueblos, residenciasen las justicias, removiesen de sus destinos á todos los individuos sospechosos ó culpables, inquiriesen y pesquisasen contra los detentadores de los granos, descubriesen las existencias, comisasen

cuanto fuese hallado en trasgresiones de los decretos del consejo, entendiesen en el surtido de los pueblos con facultades absolutas, y aterrassen á los logreros con castigos ejemplares.

El rey mandó llamarme: lento siempre para los rigores, quiso oirme. Mi opinion fué contraria á la adopcion de aquellos medios, y mis razones fueron estas: «Toda medida extraordinaria de pes-
»quisas y de aparatos judiciales podrá aumentar el
»mal aumentando las aprehensiones de un hambre
»que no existe, y lo que es mas disminuyendo la
»gran masa de existencias que pueda estar oculta;
»porque los poseedores, ciertos de perderlas si estas
»son halladas, de perder tambien su honor con ellas
»y de sufrir encima los castigos que les deban ser
»impuestos, las ocultarán con mas empeño, ó lle-
»garán tal vez á destruirlas sino encuentran otro
»medio de salvarse. Buscar denunciadores y ofrecer-
»les premio, es abrir un triste campo á la inmora-
»lidad de las personas y poner en tentacion las vir-
»tudes tan necesarias en el órden doméstico: ¿quién
»podria denunciar sino parientes, deudos, amigos
»ó criados de los detentadores? De extraños y ene-
»migos es bien cierto que se habrán guardado. Aun
»pasando por cima de esto, y dado que se logre
»descubrir alguna parte de los granos escondidos,
»la irritacion que surgiria en la muchedumbre
»contra los detentadores, podria causar violencias y
»atentados contra las personas, inconveniente gran-

» de, necesario en gran manera de impedirse para
» evitar que venga la anarquía tras los procedi-
» mientos judiciales, y que pensando dar ayuda á
» la justicia, las turbas populares desordenen su ac-
» cion y comprometan su respeto. A esto podria aña-
» dirse otro nuevo embarazo en el gobierno, cual
» lo seria en mi juicio haber de castigar á tantos de-
» lincuentes que podrán hallarse, y delincuentes
» muchos de ellos, cuya difamacion produciria tal
» vez mas daño que la impunidad de su conducta:
» ninguno dudará que llevándose á efecto las pes-
» quisas, no se encuentren comprometidos indivi-
» duos y cuerpos respetables aun en lo mas sagrado.
» Una vez descubierto, si el mal no se castiga,
» adios la fuerza y el respeto del gobierno para en
» adelante y para siempre. Yo concibo perfectamen-
» te, que en una extremidad, para salvar al pueblo
» de los horrores de una hambre, se deberian cerrar
» los ojos sobre los inconvenientes que he indicado;
» pero tal extremidad no creo que haya llegado, ma-
» yormente si hay un medio, como creo que existe,
» para ocurrir al mal, hacerles vomitar á los deten-
» tadores de los granos hasta la postrer fanega de su
» acopio, y dar castigo á su codicia sin emplear ni
» un solo esbirro. Tal asunto en mi manera de pen-
» sar, debe ser tratado como una lucha de mercado,
» promoviendo la concurrencia de tal modo que su-
» cumban. Las provisiones hechas hasta ahora en
» nuestros puertos habian cubierto en todas partes

» los presupuestos del consejo, y habrían bastado
» ciertamente sin la avaricia y los manejos de los
» monopolistas y sin la funesta inercia que han te-
» nido los concejos. En la direccion de este asunto
» no ha habido falta, sino sobra de parte del conse-
» jo, sobra de buena fé y de confianza en el celo de
» las justicias, cuyos miembros, ó pudientes ó su-
» misos á los pudientes de los pueblos, el bien pro-
» comunal lo sujetan al suyo. Proveamos de tal ma-
» nera, bajo de tales basas y conciertos, y auxiliados
» de tales manos fieles y escrupulosas, que una nue-
» va provision no sea fallida, y que á la vista de ella,
» presintiendo su ruina los logreros, se entreguen ó
» perezcan. De Francia puede ser traída en poco
» tiempo tanta cantidad de granos cuanta se necesite
» para desbaratar el monopolio: la introduccion de-
» berá hacerse no solo en nuestros puertos, sino tam-
» bien en lo interior bajo contratas especiales, y
» prodigando sobre esto los avisos y carteles de modo
» que se calme de una parte la ansiedad de los
» pueblos, y de la otra desfallezca el egoismo y la
» codicia.»

Todos, á excepcion tan solo del ministro Caba-
llero, convinieron en mis ideas. Yo pedí un corto
espacio para probar á realizarlas, y el rey me auto-
rizó con plenitud de facultades.

Se hallaba entonces en la córte un hombre lar-
gamente conocido por su especialidad en punto á
provisiones, el famoso M. Ouvrard, de quien no es

mi cuenta ahora ni defender ni censurar los actos de su vida que han dado tanto pasto á la celebridad en pro y en contra suya. Yo hablé con él de aquel apuro en que se hallaba el reino, y á la primera insinuacion que yo le hice, se ofreció á servirnos «con igual lealtad y prontitud, me dijo, con que »dos años antes, hallándose la Francia aun en mayor penuria, habia acudido á la república.» Convenidas las bases del contrato que yo ansiaba, le envié á la junta del consejo de Castilla que entendia en la anona. Obligóse allí á surtir el reino segun y como fuese necesario, á arbitrio de la misma junta, hasta la cantidad de dos millones de quintales en especies cereales, de trigo mayormente, buena calidad en todo, debiéndolas poner en nuestros puertos y darles direccion en lo interior á todos los mercados donde quiera que conviniese, facilitados los bagages por cuenta de los pueblos bajo la inspeccion de comisarios que gozasen la confianza de la una y otra parte. Los precios fueron hechos á ochenta y ocho reales el quintal de trigo, de selecta calidad, entregado en nuestros puertos, y en proporcion debida las demas especies, salvo solo añadir á aquel valor el derecho de extraccion que podria imponerse por la Francia. El nuevo emperador no fué nada generoso, y cargó en cuatro francos cada quintal de trigo. De esta suerte subió el precio, con poca diferencia á ciento y cuatro reales. Pero en España se pagaba entonces, donde menos, á doscientos

reales la fanega; y en algunas partes, como dije antes, se pagaba el duplo.

Dada publicidad á aquel contrato, interesadas con Ouvrard, como estaba siempre en su política, gentes y negociantes del pais de su completa confianza, y no quedando duda á nadie del concierto hecho, ni esperanza de contrariarlo ó defraudarle, aun antes que llegase ningun barco del surtido de Ouvrard, comenzó á verse trigo en los mercados como por encanto, y los aprisionados granos salieron poco á poco de su encierro, temerosos y chorreados los primeros dias; despues como una lluvia. Los precios descendieron sucesivamente hasta sesenta reales el del trigo, cuarenta el del centeno, y el del maiz á treinta. De los atravesadores y logreiros quedaron muchos arruinados: los demas detenedores sufrieron grandes pérdidas, obligados como se hallaron los mas de ellos á vender por debajo de los precios ordinarios de otras veces. Todo esto se logró sin persecuciones ni procesos.

¿Cometí yo un error en impedirlos? ¿Procesando á millares de individuos, se hubiera descubierto que hubo designios especiales y un proyecto político para causar disturbios? Mas no se tuvo ni aun sospecha de esta alevosa infamia, ni se habria jamás sabido. Fomentado secretamente el monopolio por los medios ordinarios, los que procuraban producir un hambre y ocasionar los alborotos, no decian á nadie su secreto. Años despues, algunos impruden-

tes, cuando todo fue caído, se jactaron de esta hazaña. Yo no la supe sino en Roma.

Aun hubo mas en aquel año. Obra de aquel partido fué tambien el movimiento sedicioso que se mostró en Vizcaya. El tiro era directo en contra mia: el pretexto mas general de aquella turbacion facticia y sin raices, fueron las desventajas que pretendian sufrir los de Bilbao por aquella misma obra que tan aplaudida fué en un principio, el nuevo puerto de *la Paz* que se abrió á los Vizcainos en Avando, como la junta general del señorío lo habia solicitado y conseguido por influjo mio hacia dos años, empresa que tomé bajo mi amparo, y por la cual agradecida la misma junta general le dió aquel nombre. ¡¿Quién cambió las ideas? ¿Quién alteró los ánimos? No fue dado saberlo en aquel tiempo: ninguno dió la cara; los mismos Bilbainos estaban divididos unos en pro y otros en contra del gobierno; un gran número de reos y de testigos preguntados, ni aun sabian dar razon de los motivos que causaron aquel alarde sedicioso, en que los mas entraron como máquinas, creyendo vagamente algunos de ellos que se trataba de sus fueros. Y asi fué, que en pocos dias, la presencia tan solo de un corto número de tropas que fueron enviadas con un ministro del consejo, puso fin á los disturbios (1). Los

(1) Restablecido el orden, y salvado que hubo sido el respeto del gobierno, me opuse con vigor á que se rea-

hombres de Aranjuez se alabaron tambien mas adelante de haber urdido aquella trama con solo el fin de derribarme.

A estos graves disgustos y cuidados de aquel tiempo que apenaban mi corazon de tantos modos, se juntaba la guerra de palacio. Allí, allí era el gran teatro en donde Escoiquiz y los suyos trabajaban sin ningun descanso, allí la batería que tenian levantada donde podian herir sin ser heridos, allí el asilo que buscaron para lograr la impunidad de sus traiciones en cualquier evento. La enemistad del príncipe para conmigo no era ya un misterio para nadie. Trabajaba el maestro en contra mia, y trabajaba aun mas la reina Carolina, desde Nápoles, por medio de su hija. El maestro ahondaba y remachaba en el espíritu del príncipe la idea fija que le habia embutido de que yo aspiraba al trono. Mi consejo dado al rey de que enviase tres infantes para guardar la América fué pintado á Fernando como un indicio cierto de que yo intentaba dispersar la real familia para atacarle asi mas facilmente, con

lizase la contribucion de guerra que el ministro Caballero mandó imponer sobre Bilbao para pagar las tropas. Bien sabido fué esto entonces, y aun vive el digno consejero don Francisco Duran que entendió en aquel negocio, y á quien constaron mis oficios en favor de Bilbao; pero Caballero, en aquella ocasion, como tantas otras veces prevaleció contra mis ruegos y deseos, y era yo generalísimo!

designio tal vez (mi mano tiembla al escribirlo) de atentar no menos que á su vida. De esta impresion terrible sobre el alma de aquel príncipe, ¿qué podia esperarse? Yo le disculpo ciertamente de haberme odiado tanto (1). La princesa por otro lado, afec-

(1) Cuando Escoiquiz en su Idea sencilla (capitulo I) trató de sincerar su inexcusable traicion de buscar un punto de apoyo para el hijo contra su propio padre en el emperador de los franceses, derramándose invectivas contra mí, escribió de esta suerte: «Despertó con su ambicion desenfrenada en todos los españoles, y particularmente en el príncipe de Asturias, la justa sospecha de que aspiraba al trono: lo que obligó á S. A. privado como estaba de todo otro apoyo, á encargarme que me valiese de todos los medios posibles para precaver tamaño atentado, etc.» Traigo á cuenta este lugar con el solo objeto de hacer ver quien fué el que encendió aquella guerra, ó llámese discordia, del palacio. Ciertamente no fuí yo quien hizo concebir al príncipe de Asturias tan horrible desbarato en contra mia, ni en mis actos hubo nunca cosa alguna en que poder fundarlo. Yo no temo preguntar á los que existen de aquel tiempo, si hubo alguien, ni aun de mediano juicio, en quien naciese ó se excitase tal sospecha. Me pudieron tener por ambicioso de poder y de honores extremados, los que no vieron los adentros de las cosas, ni aquel empeño porfiado que tuvo Cárlos IV de amarrarme á los negocios; pero que yo aspirase al trono era una idea de tal manera absurda, tan inaudita en los anales de la España, tan desnuda de fundamento, é imposible de tal manera de mi parte, ó de cualquier otro vasallo, entre españoles, que ninguno ha dado asenso á tan atroz calumnia ni aun despues de propalada por Escoiquiz. Tampoco habrá quien crea que se

tada de igual temor, y temor de una esposa, tan prevenida y preparada en daño mio como ya venia de Nápoles contra mi influjo y mi política, atizaba mas y mas aquel fuego de discordia y empedernia los odios. Para mayor trabajo del gobierno y de la España, tomando siempre parte en la política, y aguijada continuamente por su madre para que la

engendró naturalmente tal idea en el alma del príncipe: ni en su carácter, ni en su edad tan jóven cabia tal suspicacia. Necesario fué por tanto que alguien se la inspirase, y que esta inspiracion procediese de un hombre como Escoiquiz á quien estaba acostumbrado á escuchar como un oráculo. Y si Escoiquiz no la inspiró por sus propias palabras, no se podrá negar al menos que acaloró esta idea y le dió gran fomento, puesto que llamó *justa* tal sospecha, y que en fuerza de ella, puesto de perfecto acuerdo con su real discípulo, nos refiere que *se encargó por todos los medios posibles, de precaver un atentado tan enorme*. He aquí pues el grande origen y la piedra fundamental de lo que se ha llamado la discordia del palacio. ¿Se necesitaba alguna cosa mas para excitarla? ¿La sucesion de un trono puesta en duda á un heredero, junto á esto la triste idea de que le aborrecian sus padres, y que amparaban á un vasallo capaz de tan gran crimen! ¿Quién habrá despues de esto que repita que yo encendí la guerra entre los padres y entre el hijo! De mi parte estaba solamente retirarme, y el no hacerlo habria sido ciertamente una gran falta, si el retirarme hubiese estado en mi albedrio. Lejos de permitírmelo, me cargó Carlos IV de favores nuevos, recibidos por mí y ostentados á la fuerza, con prevision mia y ciencia cierta de mi ruina. Yo hablaré de esto muchas veces.

orientase en los secretos de la nuestra, parecia por especies y noticias y las buscaba ansiosamente entre sus confidentes del palacio, damas y capellanes los mas de ellos, y otros aun mas oscuros é ignorantes, sirvientes ó faráutes de las oficinas del despacho, afiliados los mas de ellos á la faccion de Escoiquiz. Bueno ó malo, cuanto le decian (malo siempre para sus deseos de nuestra union con la Inglaterra en contra de la Francia) todo lo escribia á su madre, y ésta lo hacia llegar al ministro inglés en Nápoles. Este manejo indisculpable influyó en gran manera sobre el rompimiento de Inglaterra con nosotros, de que se sigue hablar ahora.

Nadie ignora cual fué el estado de la Europa en aquel año. Un silencio de observacion en que tenia tambien su parte el temor general de aventurarse en nuevas guerras, mantenía inmóvil el continente. La Inglaterra, sola todavía en su nueva lucha con la Francia, trabajaba casi en vano por moverlo. Estaba atento todo el mundo á la grande trasformacion del gobierno de la Francia, y no faltaba quien creyese entre los potentados de la Europa, que asegurados por la fundacion del nuevo imperio los principios monárquicos, y satisfecha la ambicion de Bonaparte, llegado al colmo de su gloria, dejaría ya en reposo á las demas naciones sin caminar mas lejos: salvo la Rusia y la Suecia, todas las demas potencias de la Europa parecían resignadas á lo que estaba ya cumplido. Y aun mirada á buena luz la

conducta del Moscovita con el nuevo emperador de los franceses, mas que hóstil se mostró amiga. Oficio de amistad fué aconsejarle, que llevados á efecto los tratados anteriores, diese á la Europa una gran prueba de templanza y de justicia, respetando la neutralidad de la Alemania, libertando al rey de Nápoles del peso de los ejércitos franceses, é indemnizando al de Cerdeña. Desatendida esta propuesta, retiró Alejandro su enviado. Napoleon retiró el suyo algo mas tarde, pero sin declararse el rompimiento entre las dos potencias, ni cuajarse todavía la nueva coalicion por que tanto se afanaba la Inglaterra. La Suecia solamente, casi ya al fin del año ajustó con ella una alianza. El nuevo emperador fué saludado por los demas monarcas, y aun el Austria y la Prusia, al menos por entonces, parecian estrechar su relaciones con la Francia. ¿Qué faltó á Bonaparte para afirmar aquel imperio que nació ya gigante, y hacer feliz al pueblo que le elevó tan alto, sino un sistema bien seguido, mejor diré, empezado y proseguido en adelante, de moderacion y de cordura con las demas naciones, de respeto al derecho ageno? ¿Por ventura no pudo ser de esta manera el árbitro del mundo mejor que con las armas?

Tal vez lo pensó así por un momento. Su invitacion de paz á la Inglaterra en dos de enero del siguiente año pudo ser sincera. Pocos dias antes, abriendo la sesion de la cámara legislativa, dejó es-

capar estas palabras: « No es mi ánimo extender mas
» el territorio de la Francia, sino mantener su inte-
» gridad como se encuentra. — Tampoco tengo la in-
» tencion de hacer mayor mi influjo en los negocios
» de la Europa, sino de conservar el que he adqui-
» rido. — De hoy ya mas ningun estado nuevo se in-
» corporará al imperio; pero no consentiré que sean
» deshechos nuestros vínculos con los estados que he
» creado. » — Y en su carta al monarca inglés se en-
contraban estotras frases: « No creo yo compromete-
» ter mi honor dando los primeros pasos para ha-
» cer cesar la guerra. Probado tengo al mundo que
» nunca la he temido, pero la paz es el voto de mi
» corazon mucho mas que la gloria. — No hay cir-
» cunstancia ni momento mas favorable para impo-
» ner silencio á las pasiones.... Perdido este momen-
» to, ¿cuál será el plazo de una guerra á que mis
» propios ruegos no habrian bastado á poner térmi-
» no? — El mundo es bien grande para que no pue-
» dan prosperar las dos naciones sin dañarse.... la ra-
» zon tendrá sobrado poder para conciliar toda suer-
» te de diferencias; siempre que de entrambas par-
» tes se quisiere terminarlas. »

Cualquiera otro ministro que no hubiese sido M. Pitt, hubiera puesto á prueba en aquel caso la buena ó mala fé del emperador de los franceses, oyendo sus propuestas. La Inglaterra y el continen- te todo de la Europa hubieran visto entonces lo que habia de real ó mentiroso en sus palabras: lo

que era aun mas, la Francia misma lo podria haber juzgado y saber bien á que atenerse sobre sus promesas. Pero al amor de su pais tan exclusivo juntaba M. Pitt aquel odio capital é inexorable en contra de la Francia que le comia su espíritu y era en él una herencia y un sistema. ¡Triste Europa entre dos hombres á las garras, cual un Pitt y un Bonaparte, cuya lid debia arrastrar del uno ó el otro lado todas las demas naciones!

Cuando Pitt volvió á su antiguo puesto, ví el fin de nuestra paz, á tan duras penas mantenida cuando volvieron á enredarse la Francia y la Inglaterra. Durante el tiempo de M. Adington nuestra neutralidad fué respetada por el gobierno inglés con verdadera lealtad. Napoleon la respetó del mismo modo. Ambas á dos potencias mostraban interes en conservarla. Llegado M. Pitt, su política fué la misma y aun mas dura que en la guerra con la república. Tendió la vista sobre los pueblos de la Europa, calculó bien los elementos de disgusto y de inquietud que estaban encerrados en los ánimos, estudió cada cual de los lugares donde podrian soltarse con mayor facilidad y con mas fuerza; y maduras ó no las circunstancias, se resolvió á forzarlas y á sacrificarlo todo á sus ideas y empeños. España sobre todo fué el lugar donde ansió con mas codicia levantar el campo de la guerra y asentar los reales de los egércitos británicos. No olvidado de los quebrantos y derrotas padecidos otras veces en

las llanuras de la Flandes, queria mejor un pais servido á la ronda por dos mares, y cuyas posiciones y defensas naturales, facilitando el triunfo, ofreciesen al mismo tiempo refugios ciertos y seguros contra los desastres. Libertar á su patria de los riesgos de la invasion de que se hallaba amenazada y endosárnoslos á nosotros, pelear en casa agena y hacer la suya incólume, tales eran en puridad sus pretensiones con la España. En cambio de esto nos brindaba con un pedazo de la Francia en el gran dia que él meditaba del banquete.

De igual modo trabajaba M. Pitt en Alemania, en Rusia, en la Suecia, en Dinamarca, en Nápoles, en la Turquía, y aun en los mismos pueblos de la Italia, en la Suiza y en la Holanda, que se hallaban mas ó menos bajo el yugo de la Francia: en estos con mayor recato. En verdad que habria sido una gran obra y una redencion feliz de los trabajos de que el tiempo estaba en cinta, si la Europa toda, de un acuerdo y un mismo pensamiento generoso, se hubiera coligado para poner á raya la ambicion de Bonaparte ó derrocarlo, y que en tiempo oportuno, en un principio, hubiese practicado lo que al cabo de diez años de escarmientos y desastres horrorosos, realizó con tantas penas y combates; pero tal acuerdo no era dable sino en vista y evidencia del comun peligro, cuando todos los intereses de la Europa se hallasen comprometidos igualmente, y el desengaño fuese igual de que amigos y enemigos no

tenian que esperar nada, y sí temerlo todo del hombre de la Francia. Mientras tanto debía guardarse cada uno de dar un golpe en falso, y era sabiduría y necesidad sortear aquella fiera y aguardar mejor tiempo; tiempo que debía llegar forzosamente, si el nuevo emperador de los franceses venia á caer en la demencia de hacer vasallos suyos á los demas reyes de la Europa. Tal fué el tema de mi política, no una política de miedo ó servidumbre, como tantos han dicho, sino de prudencia y de reserva. Pelear sin que el honor y la defensa de la pátria lo exigiese instantemente, en circunstancias tan inciertas y difíciles, pelear á la aventura, y esto por interés de la Inglaterra solamente, tan poco amiga nuestra en aquel tiempo, con tantos desengaños, propios nuestros y ajenos, con los recuerdos vivos todavía de su alianza con nosotros en la guerra con la república, no cabia en mi cabeza ni en la de nadie, ni la España queria tal guerra en aquel tiempo.

No una vez sino muchas probó á inducirme á ella el enviado extraordinario que era entonces de Inglaterra M. Hookham Frere. Contaré aquí tan solo alguna parte de mi postrera conferencia con aquel ministro, si no me engaña mi memoria, por el mes de agosto, en el real sitio de San Ildefonso. Despues de explicaciones generales de su parte y de la mia, sobre el estado de la Europa, preguntéle yo, entre muchas cosas, «si puesto el caso, para mí

» increíble, de que Cárlos IV, sin motivos especiales,
» consintiese á quebrar su paz con el emperador de
» los franceses, podria contar la España con las tro-
» pas auxiliares que ofrecia la Inglaterra, para ser-
» vir enteramente bajo nuestro mando como una
» parte del ejército, y obligadas á perecer ó á triun-
» far con nosotros.»

A esta pregunta no esperada, respondió M. Frere: «La Inglaterra no limita nunca bajo mando
» ageno, ni compromete á sus soldados mas allá de
» lo que es justo y razonable; pero el número de
» tropas que enviaria á la Península, su disciplina,
» y los excelentes gefes que les serian dados, respon-
» derian del buen suceso de esta grande empresa.»

— «Mas su número, repuse yo, su disciplina y
» sus gefes tan beneméritos, sucumbieron ya otras
» veces; y ni la Italia, ni Alemania, ni la Holanda
» evitaron con su asistencia los triunfos de la Fran-
» cia.»

— «Los esfuerzos de la Inglaterra y de los alia-
» dos que se está adquiriendo, contestó M. Frere,
» serán mucho mayores en la ocasion presente.»

— «Pero los medios de la Francia, repliqué, son
» tambien mucho mas grandes en el dia que en los
» de la república, y ademas está unida cual no lo
» estaba entonces.»

— «¿Quién entró en ninguna guerra, repuso M.
» Frere, á ciencia cierta de triunfar en ella? Pero
» de cualquier modo que vengan los sucesos, esté V.

» cierto de una cosa, de que el gobierno inglés no
» dejará las armas sin haber vencido.»

— «¿Y la Inglaterra estará cierta, pregunté yo
» entonces, de que podrán pensar y obrar del mismo
» modo sus demas aliados?»

— «Si tuvieren quebrantos, dijo M. Frere, por
» necesidad, por desquite, por reparar sus pérdidas,
» se unirán con mas fuerza á la Inglaterra y halla-
» rán auxilios nuevos. Nuestros medios y recursos
» son inmensos.»

— «¿Mas qué hará la Inglaterra, añadí yo, si en-
» tre sus aliados sucumbiese alguno enteramente?»

— «Le diria que sufriese, respondió M. Frere, y
» aguardase mejor tiempo. Muchos estan sufriendo
» todavia por los reveses de las primeras coaliciones:
» para reparar tantos males y restablecer el equili-
» brio de la Europa es la tercera que buscamos; la
» Inglaterra no olvida ni desampara á sus amigos. En
» cuanto á España, bien asistida por nosotros, yo
» tendria por imposible que sucumba; mas si impo-
» sible, cual lo creo, sucediese tal desgracia, si lle-
» gara una extremidad, que á todo mal venir las co-
» sas, no seria sino instantánea, ¿le faltarian á V. re-
» cursos para soportarla y un corazon magnánimo?
» ¿Cercano de la Francia, se encuentra V. despreve-
» nido? En tan terrible vecindad son muy pocos los
» que hoy mandan ó gobiernan, que no pongan al
» seguro sus caudales en el sagrado de mi patria.
» Si V. no tiene fondos para resistir allí cualquiera

» contratiempo que viniese, la Inglaterra podría ha-
» cérselos. »

— « Señor Frere, le contesté haciendo un grande
» esfuerzo para reprimirme; mi fortuna en bien ó en
» mal la tengo unida con la fortuna de mi patria.
» Yo estaria cierto de agraviarla, si pudiera poner
» aparte y dividir mis intereses de los de ella. Yo no
» tengo ningunos fondos, ni en el banco de Inglaterr-
» ra, ni en otra parte alguna, ni reconozco mas sa-
» grado que la España.... En cuanto á lo demas, yo
» no quisiera haberlo oido.... todas las Grandes In-
» dias que posee la Inglaterra, no serian bastantes
» para comprar á un español, cualquiera que este
» fuese, á quien el rey habria fiado la defensa de su
» corona y la existencia de sus pueblos. »

— « Pero yo he puesto un imposible, un caso que
» no es dable y un extremo no esperado, » replicó
M. Frere con la color salida al rostro.

— « Nó, ni por imposible debió V. haber pensado
» que tendria yo oidos para tal oferta.... pero V. no
» ha dicho nada.... vea V. lo que yo digo.... La vo-
» luntad del rey, firmemente pronunciada, no es
» otra que la paz mientras motivos poderosos, su
» bien y el de sus pueblos no le obliguen á romper-
» la. Esta voluntad es igual, tanto con la Inglaterra
» como con la Francia. La España será amiga de la
» Gran Bretaña mientras ésta quiera serlo suya. La
» palabra real de Cárlos IV es inviolable; su reinado
» no ha ofrecido en tantos años que gobierna, ni aun

»siquiera una apariencia que pueda hacer dudar
»sobre la religion de sus promesas y sus pactos.
»Nuestra neutralidad estriba en un tratado. Si el
»emperador de los franceses se atreviera á compro-
»meterla, Cárlos IV acudiría á las armas y sabría
»sostener su dignidad ó perecer en la demanda. Si
»al contrario, por parte de Inglaterra se quisiese
»obligarle á quebrantar su fé pactada, mucho po-
»dria sentirlo, mas se hallaria en el caso de tener
»que unirse con la Francia. »

Desde aquel dia se fué cargando mas y mas nuestra atmósfera política. Pitt resolvió la guerra, y para encaminar este propósito, se comenzó á alegar y á pretender por parte de Inglaterra, que la neutralidad de España no era igual entre las dos potencias, puesto que la Francia recibia un subsidio nuestro (1); que á esta desigualdad se añadian

(1) Cerca de año y medio hacía ya que la Inglaterra habia roto con la Francia, y que tenia aceptada nuestra neutralidad sin embargo de este subsidio, concertado precisamente por no mezclarnos en la lucha de la Francia, como se mezcló la Holanda nada señora de sí misma. Así á esta como á España fué la Inglaterra misma quien les propuso ser neutrales, sin embargo de las alianzas de una y otra con la Francia. Algunos han escrito que aquel subsidio pecuniario era del todo incompatible con nuestra cualidad de neutrales. A los que piensen de este modo les responderé con un lugar de Mr. Wattel, publicista moderno ventajosamente conocido: «La imparcialidad de

las que ofrecia de suyo la diversa situacion geográfica de la Inglaterra y de la Francia, por la contiguidad y cercanía de los puertos de ésta con los nuestros, y que tales desigualdades se debian compensar, ó por equivalentes en favores y concesiones especiales á la Gran Bretaña, ó por severas restricciones á la Francia en cuanto á sus arribadas y cruceros en los puertos y las costas de ambos mares. Todas las pretensiones que movia la Inglaterra acerca de estos puntos, eran exorbitantes y estudiadas adrede para hacerlas inadmisibles.

» un pueblo neutro, dice este escritor, se refiere únicamente á la guerra, y consiste en dos cosas: 1.^a No dar socorros á ninguna de las partes beligerantes, *quando de antemano no existiere obligacion de darlos; no darles libremente ni tropas, ni armas, ni municiones, ni cosa alguna de las que sirven directamente para hacer la guerra*: 2.^a No rehusar á ninguna de aquellas partes, por motivo de la guerra que se hacen, lo que á una de ellas se conceda, libre empero el pueblo neutro para aquellas preferencias que su interés particular exija, no para ayudar la una en daño de la otra. — Llevo dicho y repito que un estado neutro no debe dar auxilios á ninguna de las partes contendientes, *salvo si de antemano hubiere obligacion de darlos*. Esta excepcion es necesaria. *» Dar un socorro moderado, quando el hacerlo así provenga de una antigua alianza defensiva, no es hacer la guerra ni asociarse á ella. Puede cumplirse lo pactado, sin faltarse por esta causa á los deberes de neutrales. » Los ejemplos de esto son frecuentes en Europa.* » LE DROIT DES GENS, lib. III. cap. VII, § 104 y 105.

Tras de esto se siguieron luego quejas; sobre las quejas cargos graves, hasta acusarnos de perfidia. Cuando Pitt volvió al gobierno, previstos los peligros que podria traernos su durísima política, se creyó necesario reforzar nuestros cruceros en América, y se dió principio en el Ferrol á un armamento de cinco ó seis navíos de línea. El ministro inglés pidió razon de aquella novedad, y refiriéndose á noticias que decia serle auténticas, nos argüyó que el armamento comenzado se estaba disponiendo por convenio con la Francia para asistirle en un ataque proyectado sobre Irlanda. Añadia al mismo tiempo, saber de ciencia cierta que los subsidios de la Francia eran indefinidos y que excedian con mucho la tasa señalada en nuestros pactos con aquel gobierno. ¿Cuáles eran estos informes en que fundaba la Inglaterra tales quejas? No tardaron en ser sabidos... los que salian del cuarto de la princesa María Antonia para Nápoles. El ódio de la Francia, mamado de su madre, cegaba su sentido; creia todas las cosas, y escribia sin detenerse cuanto llegaba á sus oidos de la boca de ignorantes ó malévolos (1). Tan

(1) La verdad y el rigor de la historia me imponen, harto mal de mi grado, la penosa necesidad de revelar esta flaqueza de la princesa María Antonia, digna por otras cualidades que la adornaban, de mucho aprecio y alabanza. Si se tratase de mí solo, callaría estas cosas; y si las cuento no es por mí; sino en defensa de aquellos buenos

lejos de ser cierto que se enviasen á la Francia auxilios pecuniarios en cantidad indefinida, era un hecho notorio que en noviembre, un mes despues del alevoso rompimiento que cometió el gobierno inglés contra nosotros, ni un solo maravedí se habia pagado del subsidio convenido. M. Ouvrard se hallaba entonces en Madrid, de parte de la Francia, estrechando por los caidos de año y medio, y luchando con el gobierno que no encontraba medios de ha-

reyes, á quien sus enemigos, otro tanto como míos, han acusado tan injustamente de haber odiado al príncipe de Asturias y á la augusta esposa que le habian elegido, como á mí de haber movido los disgustos del palacio. Por otras manos que las mías llegaron á los reyes los avisos de la correspondencia peligrosa que traía la princesa con su madre: los primeros fueron desde el mismo Nápoles. Ni pasó despues mucho tiempo cuando Napoleón, que interceptaba los correos por todas partes con agentes pagados, envió directamente á Carlos IV una carta original de la princesa dirigida á la reina Carolina, donde sus augustos suegros eran tratados malamente, llena de noticias falsas, y de injurias y denuestos contra los franceses, toda en favor de la Inglaterra, y protestando en ella que cuanto alcanzara su influencia, otro tanto haria por conseguir el rompimiento con la Francia. Yo aconsejé á sus magestades que tratasen aquel negocio sin exasperar á la princesa, y que su magestad la reina por sí sola se encargase de advertirla y de mostrarle los peligros en que ponía á la España, afirmándole para calmarla y aminorarle al mismo tiempo aquel disgusto, que el rey no sabia nada y se le ocultaria aquel paso del emperador de los franceses. Hízolo así la reina con sabiduria, con la mayor templanza,

cerlos efectivos. Y á mi se me culpaba en Francia de este atraso, y venian quejas contra mí, figurándose Bonaparte que, por haberme opuesto á aquel concierto, era yo quien impedia que se cumpliese. El odio de la Francia y la Inglaterra se juntaban á un mismo tiempo en contra mia con el odio de los príncipes y de mis enemigos interiores. ¡Dolorosa verdad, que en política no hay peor cosa para ganarse la aversion de todos los partidos que vivir sin mentira y obrar rectamente!

Muy mas que fué debido, por no perder el beneficio de la paz entre tantas grandes plagas que nos venian del cielo en aquel año, y ademas por salvarnos de la dura necesidad de juntar nuestra armas con las de Bonaparte y reforzar su orgullo si se rompía con la Inglaterra, se procuró satisfacerla. El ministro Ceballos siguió hasta el fin con dignidad y con talento las conferencias que se abrieron. Cuanto fué dable hacer y conceder para apartar la nota de perfidia que el ministro Pitt queria impo-

como la reina María Luisa sabia hacer aun en los casos mas difíciles; pero todas las precauciones fueron vanas. Las respuestas á la augusta suegra fueron agrias y pasaron todos los lindes del respeto. El mismo príncipe Fernando se mostró aquel dia indignado de la conducta de su esposa. Todo esto se callaba y era fuerza callarlo y ocultarlo á todo el mundo, para que despues viniesen mis contrarios á cargarme las discordias de la casa régia.

ernos por cubrir la suya, y para dar á la Inglaterra nuevas prendas de nuestra fé sincera, otro tanto se hizo y se concedió noblemente. Se dió de mano al armamento; se hizo ver á M. Frere hasta las cartas mismas del ministro del tesoro de la Francia acerca del subsidio aun no pagado; se concedió la prohibicion á franceses y holandeses de vender sus presas en nuestro territorio, si bien impuesta á los ingleses la recíproca en cuanto á las suyas; y se ofreció tambien bajar nuestras tarifas de aduana al comercio de Inglaterra, y ponerla al igual de las naciones mas favorecidas en todos nuestros puertos y dominios.

Tiempo y afan perdido; al ministerio inglés le convenia la guerra. Dios permitió que lo mostrase al menos, y que su mala fé y su alevosía fuese patente á todo el mundo. Mientras que aparentaba negociar sériamente con nosotros, daba y hacia volar sus órdenes secretas para acometer nuestras naos sobre todos los mares, y la de echar á pique (que ni en Argel se hubiera dado) todos los barcos españoles de inferior cabida desde cien toneladas para abajo. No pocos capitanes que se proveían en nuestros puertos, y á quien se prodigaba como nunca la hospitalidad mas esmerada, tenian ya en sus Carteras estas órdenes inicuas, y al tiempo señalado por aquel gobierno, mientras aun pendian los ajustes comenzados, salieron á cumplirlas. Y aun esto es poco todavía: ninguno ignora la tragedia de las

cuatro fragatas españolas asaltadas, en plena paz, por otras cuatro inglesas, cerca ya de entrar en Cádiz (1). Para mayor desgracia eran iguales fuerzas de ambas partes: esto debia empeñar las nuestras. Los valientes que las mandaban, aunque desapercibidos, pues venian navegando bajo la fé de las naciones, aparejaron la defensa. Una de las fragatas, la *Mercedes*, en lo mas récio del combate, al disparar una andanada, se ardió y voló en los aires con trescientos hombres.... Las otras tres muy maltratadas tuvieron que rendirse. M. Pitt vendió aquel dia su honor por un millon de libras esterlinas de que venian cargadas las fragatas. No haré yo cargo de esto á la nacion inglesa: la imprenta libre de Inglaterra dijo aun más, aquellos dias, contra tamaña felonía que nuestros propios manifiestos (2).

Toca preguntar ahora, qué mas pudo hacer España, que no se hubiese hecho, por mantener su paz, y libertarse de conexiones nuevas mas estrechas con la Francia. Hablo aquí, no por mí solo; defiendiendo al rey y á su gobierno contra las injurias tan injustas, como ruines y vulgares, de tantos como han dicho que nuestro gabinete sacrificó al de Francia su libertad y su existencia juntando sus querellas

(1) En el cabo de Santa María, dia 5 de octubre de 1804.

(2) Véanse estos al fin entre los documentos que se incluyen, n.º 1.º y 2.º

con las de ésta. ¿Fué que España buscó esta guerra? ¿Fué que España podia hacer cara á la Inglaterra por sí sola, y pelear sin aliados sobre todos los mares? ¿tenia por caso mas arrimo que la Francia? ¿convenia hacerse de ésta otro enemigo? ¿La inflexible necesidad que tan á pesar nuestro nos produjeron los sucesos, pudo ser evitada de algun modo que estuviese en mano nuestra? Nó; aquel mal vino del cielo, como la carestía, como la fiebre, como los terremotos que afligian el reino. ¿Habria valido mas declarar la guerra á Bonaparte sin otro apoyo que la Inglaterra, tan probada de antemano en su conducta para sostener sus aliados? ¿Y á la sazón, al tiempo en que nos declaró la guerra, tenia ella alguna sobre el continente fuera de la Suecia? Aquellos que censuran; ó se olvidan ó fingen olvidarse de las fechas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué en octubre de aquel año de 1804. La Rusia estaba pronta en aquel tiempo todavía, y aun despues algunos meses, para tratar bajo proposiciones que eran admisibles. Su alianza con la Inglaterra en contra de la Francia, no fué hecha sino en 8 de abril de 1805. La del Austria se retardó mas, hasta el 9 de agosto en que accedió al tratado de la Rusia. La tercera coalicion no fué ejecutada sino un año despues de la imprudente guerra que el ministerio inglés precipitó contra nosotros. ¿Que podia hacerse entonces? El papa coronaba á Bonaparte, y casi todo el continente, sin excepcion del Austria,

solemnizaba aquel gran acto peregrino con sus embajadores y ministros. ¿Debió España en aquel tiempo, por complacer tan solo á la Inglaterra, atacar el nuevo imperio rebosando de fuerza y de entusiasmo? ¿Debió exponer sus reinos Cárlos IV por una lucha intempestiva, desigual, y sin motivos suyos especiales, á una gran ruina casi cierta? Tamaña empresa sobre loca y temeraria, habria tambien tenido alguna cosa de ridícula. Nadie movia las armas en todo el continente; y si el emperador de los franceses, llegado á aquella cima á donde le subieron los destinos, hubiera sido moderado y tan político en el trono, como en el campo de batalla fué feliz y formidable, aun estaria tal vez reinando.



CAPITULO XIX.

De la hacienda en 1804. — Pérdidas y gastos extraordinarios que las calamidades generales ocasionaron al erario. — Obras públicas y empresas filantrópicas con que se acudió al socorro de las clases indigentes. — Construccion y establecimiento general en todo el reino de campos santos: abolicion definitiva de sepultar en las iglesias. — Aumentos y progresos de los grandes estudios positivos. — Inspeccion general de caminos, puentes y calzadas: escuela de este ramo. — Libros y producciones nuevas en ciencias, letras y artes.

Fácil es de concebir cuales fueron los apuros y las angustias del gobierno en medio de tantas plagas como nos invadieron aquel año. La fiebre amarilla desolaba nuestros litorales desde Ayamonte hasta Algeciras, y de allí hasta Alicante, deslizándose tierra adentro y contenida apenas en un radio de quince á veinte leguas de las costas. En lo interior, de extremo á extremo de las dos Castillas se encrudecian de nuevo las tercianas perniciosas; y en todas las provincias, aquí mas, allí menos, se añadian los terremotos amenazando en unas partes, y asolando en otras con furor no visto. Pueblos y distritos enteros de la provincia de Granada fueron arrui-

nados sin quedar en pie ni un solo techo, derramados sus habitantes en los campos, sus provisiones y existencias perecidas y enterradas bajo los escombros. A tantas aflicciones se juntaba la carestía y la aprehension del hambre que excitaban los enemigos del gobierno, junta luego como un respaldo de tamaños males la inaccion del comercio, suspenso y nulo enteramente en tantos puntos donde reinaba la epidemia, rechazado ó sugeto á rigorosas cuarentenas en los mercados extrangeros, excluidos por todas partes muchos de sus artículos por medio del contagio, y reducido casi á nada en lo interior del reino por iguales miedos y terrores en los pueblos sanos.

De este modo, por punto general, bajo el peso y la influencia de estos trabajos apiñados, las entradas todas del erario sufrían diminuciones espantosas. De multitud de puntos llegaron á faltar enteramente, y no era solo que faltasen, sino la necesidad tambien de socorrerlos y de hacerlo largamente. Hubo mas en lo recio de aquel año, y fué la voz maligna que con achaque religioso hacían sonar á los oídos los enemigos del gobierno, de que todos aquellos males eran obra de la cólera divina por la invasion que se habia hecho sobre los bienes de las obras pias y fundaciones eclesiásticas. En la fuerza de aquellas plagas semejante voz era temible en gran manera; la muchedumbre cree poder librarse de ellas, y hacer á Dios un gran servicio, castigando

do con sus propias manos á los que piensa que han movido su indignacion y su justicia: la historia ofrece casos de estos á millares. Nadie queria comprar en aquellos tristes dias los bienes de memorias, los unos por temores de conciencia, los otros por temor de los puñales.

Fuerza fué de economía y ahorros por parte del gobierno, fuerza de buscar auxilios donde quiera que podia hallarlos, fuerza de lealtad y de desvelo por los pueblos, el poder acudir, como acudió por todas partes, á tantas penas y cuitas. Nada le quedó que hacer contra los mismos imposibles, ningun deber fué descuidado. En el capítulo anterior dejé narrado, de qué modo, y por qué medios, se hizo suceder la abundancia casi de repente á la penuria horrible en que pusieron malas almas todo el reino. Grandes fueron los sacrificios pecuniarios que arrostró el gobierno, grandes las pérdidas que tuvo; pero enjugó las lágrimas de millares de individuos y familias, mató el hambre, y con el pan abarató las demas cosas del sustento humano que habian seguido en altas proporciones el precio de los granos. Aun en los dias mas rigurosos, mientras duró y se agravó la carestía por los manejos enemigos, no carecieron de socorros ni de arbitrios las clases indigentes. Cerca de un año antes, en todas las provincias y distritos, se habian establecido juntas especiales que cuidasen de dos objetos, á saber; el alimento cotidiano á los menesterosos que no pudieran ga-

narlo, y ocupacion constante y bien retribuida á los obreros que careciesen de trabajo. A este fin, ademas de las limosnas de la caridad cristiana que debian recoger aquellas juntas, les señaló el consejo medios y arbitrios realizables; y en donde escasearon estos medios, suplió el gobierno lo restante. Con igual objeto se ofrecieron, no sin fruto, gracias, honores y privilegios especiales á los individuos y asociaciones de individuos que emprendiesen por su cuenta y en provecho suyo propio rompimientos y descuajos de terrenos incultos, surtimiento de aguas á los pueblos, riegos nuevos, laboreos de minas, y sin excepcion cualquiera obra que ocupase muchos brazos (1). De su parte y á sus expensas, promovió

(1) A estas invitaciones correspondieron gran número de personas pudientes é industriales. Una multitud de terrenos eriales, donde de memoria humana no entró nunca la azada, fueron convertidos en dominios útiles; muchas aldeas fundadas; muchos caminos y carriles interiores, procurados al tráfico. Posadas cómodas donde nunca las habia habido; albergues y hospedages, algunos suntuosos, en las fuentes medicinales; diques y defensas de toda especie contra las inundaciones de los rios y los torrentes, y otras mil obras semejantes de universal provecho, compensaron en mucha parte las aflicciones de aquel año. Otros dedicaron su industria á granjerías de minas y ofrecieron un grande abasto de trabajo en diversas localidades. De este género, entre otras varias, fué la empresa del director de minas don Juan Martin Hoppensack, á quien se dió privilegio para beneficiar las de plata de Guadalcanal, Cazalla y sus diversos agre-

muchas otras el gobierno, haciendo proseguir las carreteras ya empezadas y reparando las antiguas; trabajo largo y sostenido en que llegaron á emplearse, solo de pueblos de Castilla, mas allá de seis mil brazos (1). De caminos interiores mejorados ó emprendidos nuevamente, parte á expensas de los fondos comunales de los pueblos, parte con auxilios directos del gobierno, no hubo cuenta.

gados, formado bajo de él un cuerpo numeroso de accionistas, nacionales y extranjeros. Se formaron tambien de por tiempo grandes y pequeños hospicios de trabajo, para niños y mugeres principalmente, algunos de los cuales consiguió el gobierno sostenerlos y radicarlos, aun pasadas las plagas, en los años posteriores. Los obispos, los individuos de las altas clases, las sociedades económicas, y las juntas especiales de beneficencia, concurrieron con emulacion gloriosa á estas medidas saludables que ayudaron á salvar las clases pobres.

(1) Se trabajó en aquel invierno la carretera desde Burgos á Torquemada, doce leguas de distancia; y desde Torquemada á Cabezon otras ocho. Entrada ya la primavera fué seguida desde Burgos á Somosierra. A los trabajadores, ademas de sus jornales, se les daba la comida; se estableció tambien un hospital provisional en medio de los campos, donde hallaban toda suerte de asistencia si caian malos. Para precaver mejor las enfermedades, se les daba pan puro y saludable con más una racion de carne. Desde Dueñas á Villamuriel, punto de la abertura del canal de Campos, y en la parte del camino hácia Herrera, yendo para Palencia, se emplearon mas de tres mil hombres, sin contar las mugeres y muchachos á quien tambien se daba ocupacion. Por un movimiento especial del corazon del

De entre tantas empresas filantrópicas á que se puso mano en aquel año hubo una que ella sola bastaria para honrar la edad de Cárlos IV. Su augusto padre habia muerto sin haber podido conseguir que se cumplieran sus ideas y decretos para

rey, se emprendió eficazmente durante aquel invierno, y se acabó por junio, el camino real desde Madrid hasta las aguas medicinales de Trillo. Faltaban siete leguas de camino por abrirse desde Torija á Trillo: desde Madrid á Torija estaba casi destruido. El buen éxito de aquella obra, importante en sumo grado á un gran número de enfermos que hallan la vida y la salud en las aguas de aquel punto, se debió en mucha parte á la actividad y al celo del primer ministro don Pedro Ceballos.

Aun á las artes mismas y á la geografía y la historia alcanzó tambien el beneficio de las obras emprendidas para sustento de los pobres. Las ruinas del parage nombrado *Cabeza del Griego* en la Mancha, término de *Saelices*, descubiertas á mediados del siglo anterior, olvidadas despues, y vueltas á excavar-se á principios del reinado de Cárlos IV con no pequeño fruto en los descubrimientos que se hicieron, sirvieron nuevamente al principal objeto de ocupar muchos brazos, añadida la esperanza de encontrar aun mas datos que fijasen el conocimiento de aquellos restos venerables. Llevadas adelante las escavaciones, se hallaron con efecto nuevos monumentos, medallas, inscripciones y vestigios magníficos de una gran ciudad populosa. Los mas de nuestros sabios anticuarios la han reconocido por la antigua *Segobriga*, una de las mas célebres de nuestra España romana y goda, destruida y arrasada por los Sarracenos. Las inscripciones y medallas que se hallaron, han ofrecido á la ciencia de los tiempos muchas fechas importantes que ilustró despues nuestra academia de la Historia.

abolir la pésima costumbre de enterrar en las iglesias; su real cédula de 3 de abril de 1787 quedó sin cumplimiento. Carlos IV en sus primeros doce años de reinado llegó á lograr que aquel abuso tan antiguo fuese desterrado en muchos puntos de su reino, mas no queriendo nunca que se hiciese ni aun el bien, mientras faltasen á los pueblos convicciones de aquel bien que se buscaba y queria hacerse, se abstenia de estrechar, esperando que los ejemplos dados ya en otras partes serian seguidos dulcemente en todos sus dominios, y que la oposicion del clero á esta reforma saludable perderia su fuerza. Llegó entre tanto el tiempo de cumplirse esta esperanza. Los pueblos, asombrados por las enfermedades y epidemias que reinaron con tanto estrago en 1803 y se reverdecian en el siguiente, entrevieron un momento cuan justas eran las ideas del gobierno en cuanto á establecer los campos santos, y retirar de las iglesias la podredumbre y el contagio. Tal instante de luz fué aprovechado, dióse fin á las contemplaciones con el viejo error que consagraban los motivos de piedad mal entendida, y sin admitir ninguna excusa, se mandó proceder por punto general á la construccion de cementerios extramuros, sin excepcion de pueblos, ni aun de los lugares mas pequeños (1). Para vencer la oposicion

(1) Reales órdenes é instrucciones de 26 de abril y de 28 de junio de 1804.

que aun podria hallarse , fué encomendado todo el reino por distritos á ministros del consejo de Castilla que promoviesen estas obras hasta darles cima sin ningun descanso ; cada cual en su partido respectivo con facultades absolutas para providenciar lo necesario, remover los obstáculos, designar los fondos convenientes, autorizar arbitrios donde faltasen medios, obligar las iglesias á cubrir una parte de los gastos con los sobrantes de sus fábricas, y donde quiera que estos medios pecuniarios no alcanzasen, completarlos con subvenciones que bajo sus informes haria efectivas el gobierno, reservándose su reintegro para en adelante. Esta empresa que por la firmeza con que hasta el fin fué sostenida, y por su extension á todo el reino en las ciudades, villas y lugares casi en dias contados, podria llamarse heroica, es uno de los grandes bienes que dejó cumplidos Carlos IV. Y esta obra para ser mas digna todavía de las bendiciones de los pueblos, bien servida la religion y no menos bien servida la gran causa de la salud pública, reunió el mérito de haber abierto en todas partes un recurso seguro para la subsistencia de los pobres en los dias calamitosos (1).

(1) Desgraciadamente para mí, mientras las personas sensatas é ilustradas daban las merecidas alabanzas á tamaña empresa, bien que todos los miembros del gobierno, y principalmente, el consejo de Castilla hubiesen concurrido á la adopcion y ejecucion de tan benéfica medida, la odiosidad vertida en contra de ella por el fanatismo y la co-

Tantos gastos extraordinarios que ofrecieron las circunstancias imperiosas de aquel año, juntos tambien como vinieron con las grandes disminuciones que las calamidades generales producian en las entradas del tesoro, no impidieron que el gobierno; atento á todas partes, acudiese igualmente á sus obligaciones ordinarias; las tropas bien pagadas, la marina provista, los intereses todos de la deuda pública satisfechos á su tiempo, y efectuados tambien algo mas tarde, mas sin haber pasado el año, los reembolsos correspondientes á los turnos de los empréstitos antiguos. Mas que esto todavía, se llegó en

dicia, cayó toda sobre mis espaldas. Cuanto era bueno para herir, otro tanto dirigian en daño mio mis enemigos con sutil astucia. ¡ Cuán á cuento les vino para difamarme entre el incauto vulgo, la general consternacion que ganó aquellos dias á muchos curas y á la turba de capellanes y clérigos miseros, temerosos todos ellos por la ausencia de los muertos de la disminucion de sus bolsillos! Dándome por autor ó por fautor de aquel proyecto, propalaban mis detractores con máscara piadosa, que enemigo de la religion procuraba yo acabar por todos medios con la fé del purgatorio. Daba tambien la suerte, que en aquellos dias de general apuro se habia mandado sábiamente convertir en pan para los pobres los productos de memorias y hermandades destinados á sufragios y á funciones eclesiásticas. Enemigo declarado de las ánimas benditas me llamaban los mismos que comian aquellos panes empréstados de los muertos. ¡ Ridículos ataques, si se quiere, pero de grande consecuencia, de poderoso efecto entre las plebes! Gota á gota, de estos venenos cotidianos derramados en todas partes por mis enemigos, se formaba un lago inmenso de ponzoña que debia sumirme.